

UNA PROMESA DE CAPITAL COMÚN

De Kalela Williams

Un banco cuyos dueños son personas negras, ¿cómo puede cumplir a cabalidad con la verdadera promesa de un commonwealth? Philadelphia Contemporary quiso profundizar sobre esto. Junto a la escritora local Kalela Williams, investigó la historia del United Bank of Philadelphia.

Las altas y bajas del agua—ese es el nombre, en un lenguaje lejano, de un río que fluye a través de los recuerdos de infancia de Emma Chappell. El Rappahannock, una palabra de origen Algonquin, formaba parte del lenguaje rítmico de los Powatans, un pueblo que vivió y prosperó entre las mareas de Virginia. La tierra donde corría este cuerpo de agua se llamó, a su vez, Tappahannock, que significa “sobre la subida y bajada del agua”. Los Powatan podían haber elegido nombrar este río no por las propiedades del líquido, sino por la tierra que se interrumpe. Si alguna vez has viajado a lo largo del río Rappahannock, probablemente sabes que en su desembocadura hay una amplia franja de agua gris azulada que viene de la bahía de Chesapeake. Un tramo de tierra lo separa del río Potomac al norte. Otras franjas de tierra, espesas y blandas con extensiones de pantanos y bosques, dividen a este cuerpo de agua de los ríos York y

James hacia el sur. A medida que el Rappahannock se adentra más hacia el interior y el paisaje llano de las mareas se eleva hacia el piedemonte, el camino del agua se hace más estrecho y comienza a subir. Se podría decir que los ríos de Virginia son el gesto del paisaje hacia una promesa perdida de un bien común (*commonwealth*). Y se podría decir que el Rappahannock en particular fue el telón de fondo de la infancia de una niña que tiempo después sería la creadora de una institución transformadora.

Emma Chappell, cuyo nombre de nacimiento es Emma Carolyn Bayton, vivía en Filadelfia. Pero pasaba los veranos en el pequeño pueblo de Tappahannock, donde todo el mundo se conocía. Allí tenía casa la familia de su padre, dentro de una granja de setenta acres cerca de las orillas del río. En días calurosos, Emma y sus dos hermanos cruzaban la calle corriendo para jugar y chapotear en el río. A veces jugueteaban con sus primos después de la iglesia o se metían monedas de diez centavos en los bolsillos para canjear entradas al cine en el Teatro Daw. Seguramente, los niños subían las escaleras para llegar al balcón, la sección para personas de color.

En Filadelfia, el padre de Emma era chef en Horn & Hardart, un restaurante emblemático. Emma era una niña traviesa que ponía a prueba la paciencia de sus padres por masticar chicle y parlotear con sus amigas en el salón de clases. Pero la escuela era un santuario para ella, ya que era inteligente y tenía una mente infinitamente curiosa. También lo era la Iglesia Bautista Zion, donde pasaba los domingos escuchando las palabras del reverendo Leon Sullivan, un querido pastor de Filadelfia y activista de los derechos civiles.

Su madre, que padecía una enfermedad cardíaca y diabetes, había estado postrada en cama durante años. Sabía que no podría cuidar a su hija mayor más allá de la niñez. Cuando Emma tenía catorce años, su madre murió en la cama junto a ella. “Solía decirme... cómo quería que creciera, las cosas que quería que hiciera, y cómo creía en mí”, recuerda Emma décadas después. Guardó estas palabras en un lugar seguro, como las monedas de diez centavos que una vez se escondió en los bolsillos. Igual que las aguas del Rappahannock subiendo hacia los terrenos cada vez más altos del paisaje de Virginia, Emma encontró la manera de ascender. Su padre, quien ahora se encargaba de mantener a los niños por su cuenta, era estricto, un “capataz duro”. Pero, más allá de la pérdida de su madre, Emma describe su juventud “como si fuera un libro de cuentos”, dijo. “Las cosas simplemente se pusieron en mi camino”. Un anuario de West Philadelphia High School muestra a una niña de rostro ovalado con una pollina rizada y el cabello negro liso cuidadosamente recogido detrás del cuello de una blusa a rayas. Su sonrisa es magnética. De hecho, el calce de su fotografía lee “sonriente, linda, ‘Em’ planifica dedicarse a la investigación médica. A Emma le gusta el latín, la música y el baile. En su tiempo libre, disfruta de hacer ropa”.

Con la enfermedad de su madre imborrable en su memoria, Emma se imaginó a sí misma convertida en doctora. Pero su pastor insistió en que tomara una prueba de aptitud. Los resultados de la misma indicaron que su vocación era la matemática. El reverendo Sullivan la animó a dedicarse a la banca, ya que no había suficientes banqueros negros. Y decidió seguir el camino que tenía ante sí.

De joven, Emma aprendió a buscar lo que necesitaba en la comunidad que la rodeaba. Aprendió a seguir algunas de las

enseñanzas, aunque no todas, del legado del activista Booker T. Washington. Un oficio no era suficiente para ella. Pero se dio cuenta de que para hacer subir el agua, había que hundir el balde en su lugar.

*

*

*

La vida de la joven Emma estuvo enmarcada por dos *commonwealths*, según las identifican sus constituciones: el Commonwealth de Pennsylvania, en donde creó una institución vital, y el Commonwealth de Virginia, su hogar ancestral. La palabra “commonwealth” se usa para definir una idea de riqueza pública, de bien general y de un estado donde la gente ocupa el poder.

Nos gusta pensar en Estados Unidos como una república de la gente. Pero este país nunca pensó en la gente; más bien, se construyó sobre los huesos y la espalda de los pueblos. Podemos mirar al Rappahannock y sus ríos hermanos, el Potomac, el York y el James, a lo largo de los cuales los ingleses buscaron demarcar un territorio. Su Virginia Company era la versión del siglo XVII de una corporación: los caballeros ingleses adinerados compraban acciones con la esperanza de que la colonia les devolviera la inversión. Pero la tierra escatimó en su generosidad. Los colonos blancos fueron abatidos por enfermedades. Tuvieron que recurrir a comer ratas durante lo que llamaron “el tiempo hambriento” (the starving time). Más tarde, se disolvió cualquier confianza forjada por el matrimonio del inglés John Rolfe y la hija del jefe Powatan, Pocahontas —la llamaremos Matoaka, que puede haber sido su nombre preferido. Esta ruptura se debió quizás a que su relación estuvo basada en la desconfianza, ya que Matoaka conoció a Rolfe después de que fuera secuestrada por los ingleses

como una ficha política. O quizás a que vivió poco. De cualquier manera, la confederación Powatan atacó el asentamiento inglés en 1622, matando a cientos de colonos. Al igual que las poblaciones nativas a todo lo largo de la costa del continente, los Powatan habían sido diezmados por las enfermedades europeas por décadas; miles habían muerto.

Fue por esta época cuando John Rolfe comenzó a tomar en serio la siembra de una nueva variedad de tabaco “agradable de fumar, dulce y fuerte”, con la intención de exportar. Pero el cultivo era un trabajo arduo, y los ingleses se integraron a la trata transatlántica de esclavos liderada por holandeses y portugueses. Durante siglos, cerca de 400,000 personas, brutalmente secuestradas en sus países africanos, llegaron a las costas de Estados Unidos como esclavos, sumados a los millones en resto de las colonias europeas del Nuevo Mundo.

Los ríos de Virginia enmarcan los lugares históricos de la colonización. Los bancos del río York donde alguna vez jugó Matoaka yacen junto a la capital colonial de Williamsburg, construida a partir de las ganancias del tabaco y el sudor de las espaldas negras. El río James atraviesa Richmond, capital de la Confederación, una ciudad que alguna vez fue asquerosamente rica por la venta de seres humanos. El Rappahannock pasa por Ferry Farm, el hogar de infancia de George Washington, la tierra de un mítico árbol de cerezas. El Potomac se extiende tierra adentro, sus aguas se reflejan en el horizonte de mármol de Washington, DC —construido por esclavos—, quizás la ciudad estadounidense actualmente más tensa en términos de opresión. Estos, sin duda, no son lugares de riqueza común.

*

*

*

La joven manejaba los dólares con la velocidad de un crupier de póquer. Era la única cajera negra detrás del alto mostrador de madera pulida. Terminó de contar los billetes de veinte dólares, los apiló ordenadamente y los colocó en un sobre de carta. Sonriendo, le entregó el sobre a un cliente, dándole las gracias y llamándolo por su nombre. Se tomaba este tiempo, a pesar de que su fila era la más larga. Los clientes, blancos y negros, la elegían a ella cuando entraban en el vestíbulo de los candelabros. La conocían por ser rápida y eficiente pero cálida y agradable, tal como lo había sido antes con sus compañeros de clase. En la sala de empleados, los colegas alzaban la nariz y decían cosas como: “bien, que trabaje hasta el colapso, entonces”. Pero no se sentían amenazados. Veían a Emma como una mujer joven con un trabajo menor, aunque ya había ascendido cuando se convirtió en cajera. Su carrera en Continental Bank había comenzado en 1959; ganaba \$45 a la semana fotocopiando cheques—es decir, fotografiándolos para depósito. Emma estaba recién casada y sus colegas pensaban que eventualmente dejaría su trabajo. Pero muchos no sabían que se había matriculado en una escuela nocturna en la Universidad de Temple. Para salir adelante, sabía que necesitaba un título universitario y Emma soñaba con ser directora ejecutiva.

Emma Chappell dio grandes pasos. Después de graduarse, aseguró su lugar en un programa de capacitación ejecutiva que le permitió trabajar en todos los departamentos de Continental Bank. En 1971, fue ascendida a tesorera asistente. A medida que se movía más y más alto, los resentimientos se dejaron sentir. “¿Cómo se atreve una mujer, y además una mujer negra, a controlar los préstamos especialmente?”, se preguntaron algunos. Comprendían el poder de los préstamos

para dar forma a la promesa y la distribución de la riqueza. Emma también lo comprendía. Se convirtió en la primera mujer y la primera vicepresidenta negra de la compañía en 1977. Fundó el Departamento de Desarrollo y Préstamos a Empresas Comunitarias, que distribuyó préstamos comerciales a negocios liderados por mujeres y minorías. Durante este tiempo, otorgó más de \$30 millones en préstamos a empresas negras. Recordando la hostilidad a la que se enfrentó, Emma citó un dicho popular: “Mientras más alto subes por la escalera, más estrecha se pone en la parte superior”. Las escaleras corporativas para las mujeres negras eran entonces como ríos de promesas perdidas. Pero otras personas reconocieron el talento de Emma y le dieron la mano. Más tarde recordó: “Siempre había alguien guiándome”.

A principios de los ochenta, el respeto que tenía Emma entre los líderes de la ciudad le ganó la atención del activista Jesse Jackson. Se sorprendió cuando le pidió que se uniera a su campaña presidencial como tesorera nacional. Emma tomó una licencia de Continental Bank y viajó con Jesse Jackson por gran parte del país. Mientras visitaba una ciudad tras otra, llegó a conocer íntimamente el valor de los bancos propiedad de personas negras: la forma en que estimulaban a las comunidades y otorgaban préstamos y créditos en áreas catalogadas de intocables y circuladas con tinta roja.

En 1987, los líderes negros de Filadelfia organizaron su propia campaña: querían que Emma abriera un banco. Aunque siempre había soñado con ser directora ejecutiva, nunca se imaginó realmente fundar una institución. Pero asumió el desafío. Junto a líderes empresariales y comunitarios, logró recaudar \$600,000 iniciales para costear un plan de negocios y un

estudio de viabilidad. Luego, Emma Chappell se propuso recaudar muchos millones más.

Comenzó con los grandes bancos, que históricamente habían ayudado a otros bancos pequeños a impulsar su capital. Sumó un millón de dólares de instituciones como PNC, Mellon Bank y, por supuesto, Continental. Ella pensó que estaba en una buena racha, que quizás toda su empresa de seis millones de dólares podría ser financiada por un puñado de bancos nacionales. Pero la caída del mercado de valores en 1987 derrumbó esa visión al suelo. Emma se dio cuenta de que para recaudar los cinco millones de dólares necesarios, tendría que hundir el balde en su lugar.

Y así lo hizo. Caminó de iglesia en iglesia, hablando con pastores y congregaciones. Incluso celebró un Black Bank Sunday. Trescientos pastores de la ciudad anunciaron desde sus púlpitos que su banco necesitaba financiación; recaudaron casi medio millón en solo un día. Emma siguió caminando y gastando las suelas de sus zapatos. Fue de negocio en negocio hablando con los propietarios. Finalmente, catorce instituciones donaron un total de \$2.7 millones. Emma descansó los pies en sal de higuera. Fue de puerta en puerta, hablando con amigos y familiares, mientras compartía su sueño, irradiaba el encanto natural que le había ganado amigos en la escuela secundaria. Tres mil personas recaudaron \$3.3 millones en una verdadera gesta de base. Un verdadero *commonwealth*.

El 23 de marzo de 1992, United Bank of Philadelphia le abrió las puertas a la comunidad. Un artículo en el Philadelphia Tribune (de propietarios negros) destacó la presencia de Jesse Jackson y del gobernador del estado. El titular anunciaba “La apertura del

United Bank contó con Jackson, Casey y el pueblo”. El artículo continuaba: “Se han usado palabras elocuentes para describir al único banco adueñado por personas negras en Filadelfia, aclamado como ‘el banco del pueblo’, pero quizás las palabras más importantes utilizadas para describir al United Bank el lunes por la mañana fueron ‘estamos abiertos’”.

*

*

*

El comienzo del United Bank es una historia de poder comunitario, resumida en los sueños de una mujer que devolvió lo que le habían dado con intereses generosos e infinitos. Es la historia del poder conferido al pueblo, un poder que debe crecer y seguirá creciendo. La brecha de capital entre negros y blancos en Estados Unidos es tan amplia como en 1968, el año en que el mundo perdió a Martin Luther King Jr. La crisis del COVID-19 ha atacado a las comunidades negras con una ferocidad alimentada por siglos de opresión. El United Bank of Philadelphia, o “el Banco/the Bank” como se le conoce, con su logo en forma de B que también es la imagen de un puño levantado, es más importante que nunca para el futuro cambiante de los afroamericanos. Este banco, propiedad de personas negras, puede llegar a cumplir la verdadera promesa y premisa del *commonwealth*: hundir los baldes y extraer talento de la propia comunidad, inclinar esos baldes hacia la tierra en libaciones de sabiduría y ofrendas de riqueza colectiva.

La organización y curaduría de *Commonwealth* se llevó a cabo por los co-directores de Beta-Local Pablo Guardiola, Michael Linares y nibia pastrana santiago y la anterior co-directora Sofía Gallisá Muriente; la curadora en jefe de ICA at VCU Stephanie Smith; Noah Simblist, Director del Departamento de Pintura y Grabado de VCUArts; y Kerry Bickford, Directora de Programación, Nicole Pollard, Coordinadora de Programas y Nato Thompson, Director artístico de Sueyun and Gene Locks en Philadelphia Contemporary.

COMMONWEALTHS.ART

